

Destruir no es cambiar

Gustavo Petro llegó a la Presidencia como resultado de un profundo deseo de cambio de millones de colombianos. Fue la fuerza determinante de la primera victoria de un candidato de izquierda, en más de un siglo de voto popular y directo para elegir al jefe de Estado. Pero el nuevo mandatario no recibió un cheque en blanco para cambiarlo todo. Ganó por un margen estrecho y su partido no consiguió mayorías en el Congreso.

De ahí que Petro deba ser muy cuidadoso a la hora de impulsar su agenda. Acostumbrado por décadas al papel de opositor, le ha costado trabajo entender que si desde la oposición es fácil decir que esto está mal, y aquello y lo de más allá, también, y que urge acabarlos, desde el Gobierno la cosa se complica: el cambio, el que sirve, más que destruir lo que existe, obliga a diseñar alternativas viables para reformarlo o reemplazarlo. Y en eso lucen muy perdidos el Presidente y su equipo.

Con frecuencia frenética, Petro y algunos de sus ministros y viceministros proponen acabar con esto y aquello: las EPS, el ahorro que millones de trabajadores hemos hecho con esfuerzo y por décadas en un fondo de pensiones, la exploración en busca de petróleo y de gas, la línea de metro elevado de Bogotá, la erradicación obligatoria de los cultivos de coca, el bombardeo a los campamentos de las bandas criminales... Y no sigo con el listado porque no me alcanza la columna.

¿Con qué van a reemplazar todo lo que van a barrer de la faz de la Tierra? La propuesta del nuevo sistema de salud es un esbozo vago y enredado, con un peso enorme en el sector público, como si la experiencia de décadas de Seguro Social y hospitales públicos no hubiese sido catastrófica en ineficiencia y corrupción. Igual pasa con la reforma pensional, aunque en este caso, expropiar el ahorro de millones de trabajadores para gastarlo en una oscura repartija de plata, a más de inconstitucional, raya en lo criminal.

Suspender la exploración de petróleo y de gas sin una propuesta convincente de transición energética y de reemplazo de las divisas que generan las exportaciones de hidrocarburos es suicida. Anunciar que no habrá metro elevado para Bogo-



Tiro directo

Mauricio Vargas

tá, sino que será subterráneo, y decirlo sin aclarar cuánto más va a costar y cuánto más se va a demorar, significa demoler el único proyecto de metro que está en construcción, tras medio siglo de intentos fallidos. Si Petro impone ese cambio, dos cosas estarán claras: que no habrá metro en esta década y que los contratistas ganarán mucha más plata.

Y en cuanto a la erradicación forzosa de cultivos de coca, si el país la abandona sin un plan B debidamente diseñado y financiado, el área de cultivo seguirá creciendo, igual que

su lucrativo negocio: así, los narcos tendrán cada vez más plata y más armas para seguir matando en sus regiones de influencia. Y lo harán felices porque como no les van a bombardear sus campamentos, podrán vivir sabroso, mucho más sabroso que los colombianos honestos.

He repetido en esta columna que solo una legalización general y mundial de estas actividades puede marcar un principio de solución. Pero como eso no va a pasar en décadas—en Europa, solo 9 % de la opinión apoya legalizar la cocaína—, las gigantescas utilidades del narcotráfico van a seguir ahí. Si Colombia no combate esas bandas, jamás habrá paz total, ni paz parcial, ni paz alguna.

El Gobierno debe dejar de improvisar. El caso del mineducación, Alejandro Gaviria, es excepción: estuvo llamado varios meses, dedicado a diseñar soluciones, y ahora empieza a ejecutarlas. Petro y su equipo deben seguir ese ejemplo y aprovechar el descanso de fin de año para reflexionar, no tanto en todas aquellas cosas que quieren arrasar, sino en lo que van a construir a cambio. Cambiar por la vía de la destrucción es fácil, pero inútil. Lo complicado, pero útil, es construir.

“

El Gobierno ha enumerado todo lo que quiere arrasar, pero no ha dicho con qué lo va a reemplazar.